

La conservación del patrimonio histórico. Nuevas propuestas desde la arqueología a la luz de la democracia participativa y protagónica

IRAIDA VARGAS ARENAS
Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es tratar de entender las causas de la falta de eficacia en las políticas culturales implementadas hasta ahora en Venezuela, en lo que atañe a la conservación del patrimonio cultural. El enfoque disciplinario empleado y la ausencia de participación de las comunidades en su definición y gestión se consideran como unas de las causas principales de esa ineficacia. Se establece que la conservación del patrimonio debe estar enmarcada dentro de programas educativos que contemplen una política agresiva de concientización de la población en torno al papel que juega la Historia en los procesos de identificación cultural, especialmente en espacios urbanos.

Palabras Clave: Patrimonio histórico, identidad social, políticas culturales y educativas.

Conservation of historical ethnicity. New proposals from archeology to participatory democratic competition

ABSTRACT

The aim of this work is an attempt to understand the lack of efficiency in the political stances relative to the maintenance of a cultural history in Venezuela. The lack of focus in the sort of disciplines which bring a sense of history to the culture, as well as the failure of communities to participate in the definition and establishment of historical values, are considered to be the main reasons for this inefficiency in establishing an adequate political consciousness. It is an established fact that the presentation of an historical point of view in the preservation of a cultural heritage should be emphasized as part of educational programs. Such education should be tenaciously effected so that an historical consciousness is realized to be part of the process of forming a social identity. This awareness of cultural heritage and its sustenance is especially important for urban populations.

Key Words: Historical heritage, social identity, political and cultural education.

Introducción

Desde el mismo comienzo del Proyecto de Arqueología Urbana en 1987, iniciado por nosotros en la ciudad de Caracas (Vargas 1994, 1996, 1997, 1999, Sanoja y Vargas 1996, 1994, 2002, 2006, Bencomo 1993, Vargas et al. 1998, Sanoja et al. 1998) ha suscitado nuestro interés el reflexionar sobre cómo operó y sobre cuáles bases se dio la construcción de identidades culturales en las ciudades que surgieron en Venezuela a partir de la colonia. Al mismo tiempo, un tema de especial relevancia que nos planteamos en el proyecto fue tratar de entender cómo han ido variando los núcleos de contenido de esas identidades en la misma medida que se han ido sucediendo importantes cambios históricos en la sociedad venezolana global, especialmente los ocurridos durante los últimos cincuenta años del siglo XX. Estos implicaron profundas transformaciones en las ciudades, sujetas a partir de entonces a importantes procesos migratorios, transformaciones que consideramos el epicentro de la formación histórica de las identidades culturales en general y de las ciudadinas en particular. Conexo con lo anterior, tratamos de entender asimismo cómo influyeron a partir de esos momentos en la construcción de las identidades los aspectos etnosociales de los individuos que habitan actualmente las ciudades venezolanas.

Las reflexiones anteriores nos parecen sumamente relevantes para poder analizar las formas y contenidos contemporáneos de las identidades, sobre todo de la cultural, que poseen los sujetos sociales ciudadanos y cómo tales formas inciden en las conductas sociales. Entender la vinculación entre el sentido de pertenencia, las identidades y las conductas de la gente es estratégico para el país, toda vez que la República Bolivariana de Venezuela en estos momentos vive un profundo proceso de transformación que busca, precisamente, la formación de individuos solidarios entre sí, críticos, participativos y comprometidos con la construcción del socialismo.

La sociedad nacional, su soberanía depende de la cohesión del tejido social, la cual –a su vez– está determinada en gran medida por las formas de adscripción de los individuos a una comunidad, por las maneras como los sujetos se perciben a sí mismos como miembros de una comunidad dada, por los sentimientos de pertenencia a esa comunidad, en fin, por la identidad colectiva nacional. Cuando las condiciones de la vida social implican un deterioro permanente de los referentes simbólicos que propician el sentido de pertenencia de la gente, referentes reunidos en el concepto de patrimonio cultural, el tejido social tiende a disgregarse, se hace lábil y permeable a la manipulación ideológica, previniendo que los sujetos actúen solidariamente en función de metas comunes.

Crear que la conservación del patrimonio histórico cultural, especialmente el ciudadano es un asunto menor, que no posee implicaciones sociales y políticas, que no incide en la construcción de las identidades políticas es un error. Por el contrario, la única manera de propiciar las otras formas de identidad: política, de clase, etc. es utilizando referentes culturales. Y ello es así porque la cultura es el factor de identificación subjetiva de los grupos sociales, el elemento más definitorio de la individualidad étnica,. Citando a Bate (1984: 48 y 65):

“En términos de la práctica política tiene una extraordinaria relevancia saber entender las posiciones y actitudes sociopolíticas de los grupos. Su comprensión cabal implica **conocer los signos culturales que conforman la valoración subjetiva de la realidad...**” (1984: 48, subrayado nuestro).

La conservación del patrimonio histórico cultural es, pues, un problema complejo que afecta, de diversas maneras, a toda la población que hace vida en las ciudades. Un aspecto de especial importancia para entender las apreciaciones que se tienen sobre la conservación del patrimonio es analizar cómo ha sido ésta abordada –hasta ahora– desde la gestión pública nacional. Los problemas

que conciernen a la conservación del patrimonio histórico cultural construido es fundamental, toda vez que los llamados monumentos históricos constituyen elementos formales singulares, vale decir culturales, de la esencialidad social (Vivas 1998). Nuestro interés por estos abordajes reside, por un lado, en tratar de identificar las causas de la falta de eficacia ya que el Estado no ha podido impedir se siga dando la destrucción del patrimonio construido; por otro lado, intentamos responder a la pregunta ¿qué hacer con ese patrimonio cultural de manera de utilizar su potencial para propiciar procesos de reconocimiento con base a la presencia o ausencia de significación simbólica en esos referentes culturales dentro de la población?

Consideramos, además que, dado que nuestra Carta Magna consagra en su Preámbulo que la República Bolivariana de Venezuela posee una democracia participativa y protagónica, nos hemos planteado que parte de las causas de la destrucción del patrimonio obedece a una ausencia de participación y protagonismo de los sujetos sociales, herederos/as, creadores/as y usuarios/as de ese patrimonio en el proceso de comprensión, definición, puesta en valor y utilización del mismo. Nos parece vital responder cómo podrían darse esas formas de participación y protagonismo populares en la conservación del patrimonio, tomando en consideración –al mismo tiempo– cómo influyen los aspectos etnosociales de la población en la construcción de las identidades en los espacios urbanos. Lo anterior es sumamente pertinente toda vez que la Constitución de 1999 señala que la República Bolivariana de Venezuela posee un carácter pluricultural y multiétnico.

Arqueología y patrimonio

De manera tradicional en Venezuela, la recuperación del patrimonio histórico y cultural ha sido realizada por arquitectos/as y arqueólogos/as, a través de una “práctica científica” que considera que los bienes culturales construidos constituyen el objeto de estudio de los arquitectos/as, y que los restos materiales de las socieda-

des del pasado que se encuentran en el subsuelo, lo son de los arqueólogos/as. Correlativamente, los bienes intangibles y el llamado patrimonio vivo, son concebidos como el objeto de trabajo de los antropólogos/as, musicólogos/as, etnógrafos/as, etc. (Vargas 2002). En consecuencia, tales prácticas, salvo excepciones, han estado signadas por una separación no sólo entre las labores que realizan los arquitectos/as y las de los arqueólogos/as, sino también entre las de éstos/as y los demás especialistas: historiadores/as, antropólogos/as, musicólogos/as, etc. Esta división de objetos de estudio dentro de la práctica profesional para “rescatar” y “conservar” el patrimonio histórico y cultural, responde como vemos a una conceptualización disciplinaria del mismo, lo que ha traído como consecuencia que –en general– desde la investigación científica hasta la implementación de políticas destinadas a la salvaguarda del patrimonio, reflejen esa misma concepción atomizada y parcelada. Al no concebir el patrimonio como un todo integrado, en constante proceso de redefinición, dinámica determinada y condicionada por múltiples factores causales, la eficacia de la labor de los profesionales de las diversas disciplinas para conservar es mínima o las más de veces nula.

En simultaneidad con esta visión que disgrega el patrimonio histórico cultural en partes inconexas, existe el problema de la definición de los bienes que se considera constituyen el patrimonio. Los llamados especialistas se arrogan el derecho de ser ellos/as los únicos que definen lo que es patrimonio, independientemente de lo que piense y sienta la población en general. Como resultado de ello, ha existido una falta de sintonía entre los objetivos que persiguen los investigadores/as y los que poseen los creadores/as y usuarios/as de los bienes patrimoniales, debido a que los primeros tienden a privilegiar aquellos bienes con valores históricos, estéticos y económicos, bienes que pudieran no valorados de la misma manera, carecer de significación simbólica, para los segundos. Los bienes culturales seleccionados por los investigadores/as pudieran,

entonces, dejar de lado aquellos otros resultados de procesos, eventos y circunstancias que ellos/as valoran negativamente o a los cuales no consideran relevantes, pero que poseen alta significación para los creadores/as y usuarios/as. La situación descrita ha prevalecido hasta ahora, sobre todo en lo que al patrimonio construido se refiere. Viejas casonas que pertenecieron a miembros de la “nobleza criolla”, casas natales de héroes, iglesias y templos, casas de haciendas y similares han sido tradicionalmente privilegiados como bienes constitutivos del patrimonio cultural construido, mientras que viejos almacenes, salas de cine, casas de la gente común, antiguas escuelas o colegios, etc. son destruidos por la voracidad de terrófgos en nombre del “desarrollo”, sin que las políticas estatales de conservación los incluyan en sus inventarios

Los/as urbanistas, sumergidos en la batalla por lograr ordenar el caos urbanístico que impera en las ciudades venezolanas, también han tendido a visualizar los espacios urbanos solamente desde un punto de vista técnico, de especialistas, lo cual ha conducido a que muchas veces preserven bienes culturales que no poseen una vinculación con la población y/o que –correlativamente– se destruyan otros que sí la tienen. Debemos recordar que calles y avenidas son algo más que espacios de circulación, que plazas y parques son algo más que espacios de recreación; todos ellos poseen un contenido simbólico en función de como los percibe y usa la población, cuáles sentimientos de identificación se han generado hacia quienes han participado en las actividades que en esos espacios se han realizado; de la misma manera, un árbol, una edificación pueden ser referentes simbólicos que constituyan una clave histórica para importantes sectores habitantes de la ciudad.

Por otro lado, los arquitectos/as, así como los y las practicantes de la llamada arqueología académica, quienes ejercen en centros de investigación, universidades, museos y similares tienden a considerar, en general, que sus actuaciones responden a, y que se deben a una esfera de la vida que no posee una vinculación directa

con los actuales problemas que confronta la sociedad contemporánea, por lo cual los resultados de sus trabajos no solamente se ven restringidos a la misma comunidad científica de la cual forman parte, sino que tampoco han sido concebidos por ellos/as como pertinentes para la búsqueda de soluciones a esos problemas.

Los gestores/as culturales, promotores/as culturales y funcionarios/as públicos encargados de definir y poner en práctica las políticas culturales –en un claro ejercicio del poder– han tendido a tomar decisiones sin consultar a los creadores/as, usuarios/as y herederos/as de los bienes culturales y/o a actuar de una manera condescendiente hacia ellos/as.

Todo lo anterior ha tenido como consecuencia que gran parte de los bienes patrimoniales no se rescatan, no se conserven, sean maltratados o destruidos aceleradamente y, en el mejor de los casos, sean vistos de manera indiferente por los colectivos, solo como meras curiosidades, con los efectos negativos que eso tiene para los procesos de identificación cultural y para la necesaria cohesión social que ellos pudieran propiciar.

La arqueología de rescate, por su parte, ha sido vista generalmente por los/as especialistas, así como por los órganos de poder encargados de la toma de decisiones sobre el patrimonio cultural, como un problema técnico y puntual. Esta visión de la arqueología de rescate, y de la de salvamento en particular, ha propiciado que ambas se realicen sin obedecer a ningún plan, lo que ha implicado hasta ahora que constituyan una práctica coyuntural y casi siempre improvisada, una respuesta, generalmente tardía al problema de la destrucción del patrimonio histórico cultural. Es ese carácter, precisamente, el que ha impedido que los resultados obtenidos con ese tipo de arqueología puedan ser incorporados a la educación de los colectivos sociales. Al mismo tiempo, el hecho de que la arqueología de rescate practicada hasta ahora se caracterice por no obedecer a una política estatal que tome en cuenta todos los aspectos de la vida social, establece una separación que –aunque

artificial no menos nociva– entre los sujetos sociales contemporáneos y su propia historia.

Si bien es verdad que el desarrollo urbanístico y las obras civiles, amén de otros factores antrópicos surgidos con la aparición del capitalismo han contribuido a la destrucción acelerada del patrimonio cultural, por lo cual los proyectos de salvamento se hacen cada vez más necesarios, no es menos cierto que dichos proyectos al ser improvisados y no planificados suponen la existencia de un vacío en torno a la necesaria vigilancia de los yacimientos arqueológicos y de los monumentos arquitectónicos, lo cual denota una falta de comprensión cabal por parte de los/as gestores de las políticas públicas de lo que ellos suponen para el conocimiento de la historia nacional. Una arqueología de salvamento y rescate de ese tipo implica, además, la negación al protagonismo y participación populares en la conservación del patrimonio histórico cultural.

Cualquier proyecto de salvamento del patrimonio arqueológico –vale decir histórico– debería ser un subproducto y estar enmarcado dentro de un programa educativo que contemple una política agresiva de concienciación de la población, especialmente en espacios urbanos con una población aluvional, sin una clara y coherente planificación urbana como son las ciudades, sobre todo en la ciudad de Caracas, donde es extremadamente difícil que sus habitantes puedan “leer” en ella las claves de su propia historia. González señala, para referirse a lo que denomina la dimensión espacial de la memoria [urbana] “...*la memoria social se despliega en el espacio de la ciudad (...) la permanencia física tiene un enorme poder: permite continuar experimentando el pasado (...) la inmovilidad de las edificaciones nos fuerza a detenernos y aceptar su inherente invitación a reflexionar*” (citando a Moore, 2001: 151–152). Aunque no creemos que el pasado pueda ser “experimentado de nuevo”, pues cada etapa histórica es novedosa en ese sentido, al ser el pasado el proceso causal del presente, permite comprender a este último. De manera que esa reflexión no es sobre el pasado por

él mismo, sino por la vinculación que posee con el presente como resultado de ese pasado, con el fin de poder superarlo, como diría Gramsci (1975). Los objetos culturales, y las edificaciones son bienes culturales, como tales no hablan por sí mismos, pero sirven para, mediante programas de concienciación, propiciar procesos reflexivos que estimulen el fortalecimiento de las identidades colectivas.

En relación a lo anterior, debemos decir que la declaratoria de ciertos monumentos como “patrimonio cultural de la nación”, como ha sucedido con el Teatro Ayacucho situado en el casco histórico de la ciudad de Caracas, y con muchos otros monumentos arquitectónicos de la misma y de otras ciudades del país, parece vacua a la luz de lo que sucede, generalmente, luego de tales declaratorias: su total destrucción o, en algunos casos, como sucedió con el Teatro Ayacucho en específico, la puesta en práctica de una superficial restauración arquitectónica que conserva fachadas, pero que desprovee o distorsiona la significación histórica del monumento al descontextualizarlo del resto de las edificaciones que caracterizan el casco histórico de las ciudades. Ciertos arquitectos/as restauradores conservan las fachadas de los monumentos y destruyen el interior de los mismos sin que dichos espacios sean estudiados, porque consideran que solo es necesario conservar la perspectiva de la traza urbana. Ello impide que la población capte la necesaria vinculación que existe entre los sujetos y eventos sociales que caracterizaban el momento histórico cuando fue construida esa edificación, con sus actuales condiciones de existencia. Al no ser accesible el conocimiento sobre los distintos usos que los grupos humanos que nos precedieron hicieron de cada una de esas construcciones, el por qué fueron hechas, cuál fue su funcionalidad, cuáles eran las condiciones de vida de la población precedente que las realizó, es decir, cuales eran las características estructurales de la etapa histórica a la que corresponde el monumento, manifestadas en la vida cotidiana, se crea una separación, se rompe la continuidad histórica entre los significados del pasado y los contemporáneos, se vacía la memoria

imposibilitando así la gestación de procesos de identificación con la historia a partir de los llamados monumentos.

Identidad y alienación

Así como las ciudades son suertes de libros, cuyas páginas contienen elementos materiales e inmateriales producidos en cada una de las etapas que han caracterizado su proceso histórico de conformación, los sujetos sociales que las habitan en la actualidad son también productos –contemporáneos y actuales– de esos procesos, quienes –en principio– deberían ser capaces de “leer esos libros” gracias a su memoria histórica. Y ello es posible porque esos sujetos, en el desarrollo de su vida social, poseen y usan ciertas nociones sobre su pasado, las cuales se ven refrendadas gracias a la existencia de los distintos elementos materiales y no materiales, símbolos culturales de su identidad colectiva. En consecuencia, los sujetos sociales necesitan en su vida diaria de la seguridad que provee la existencia de una cierta estabilidad de los elementos culturales simbólicos, de manera que puedan reproducirse los sentimientos de adhesión y pertenencia a la comunidad que tienden a ser transmitidos de una generación a la siguiente. De no existir esa estabilidad relativa, si desaparecen los símbolos culturales, se dificulta la gestación y transmisión del sentido de pertenencia a la comunidad.

En relación a lo anterior, es importante señalar que las actuales trazas de las ciudades venezolanas han ido conformándose, desde mediados del siglo XX, como producto de una amalgama de agentes sociales culturalmente diversos. Por un lado encontramos las masas campesinas desarraigadas del campo –también culturalmente diversas– quienes migraron hacia las zonas urbanas en búsqueda de mejores oportunidades de vida. En esos nuevos espacios y en ese nuevo tiempo histórico esas masas –que son reconocidas como los sectores populares de las ciudades– han ido incorporando en sus identidades socioculturales –estructuradas con base a los referentes simbólicos culturales tradicionales y autóctonos

de las diversas regiones de procedencia— nuevos referentes simbólicos, aquellos otros productos de una dinámica social totalmente urbana, orientada hacia la búsqueda de la modernidad. En tales sectores, la construcción de identidades culturales manifiesta la dialéctica entre tradición y modernidad.

Por otro lado, las clases media y alta, también y generalmente urbanas, han ido construyendo desde esos mismos tiempos identidades socioculturales con base a una mayoría de elementos culturales alóctonos, lo cual ha impedido —entre otros factores— que se reconozcan en la historia de la nación, salvo con aquellos procesos que vinculan a ésta con la “gesta civilizatoria de Occidente”. La educación y la socialización de las clases sociales más privilegiadas económicamente han propiciado la aparición dentro de ellas de un sentido de pertenencia a las potencias metropolitanas de poder, son sujetos que se identifican y mimetizan con los valores y elementos culturales denominados occidentales, fundamentalmente con los del *american way of life*, deviniendo —en su mayoría— individuos neocolonizados que han roto los lazos que los conectan con la comunidad nacional (Vargas y Sanoja 1993, Sanoja y Vargas 2004).

Ya hemos señalado en otros trabajos cómo, a partir de la década de los años sesenta del siglo pasado, la enseñanza de la historia nacional estuvo orientada a desestructurar la memoria histórica colectiva y a desnacionalizar la conciencia de la población en general, con el fin de estimular la formación de valores cónsonos con la neocolonización (Vargas y Sanoja 1990, 1993, Vargas 1999). La descentralización a ultranza que se dio en el marco de la reforma del Estado a partir de la década de 1970 con el fin de desintegrar el Estado Nacional (Britto García 2006), tuvo su contraparte en la enseñanza de una historia que buscaba crear una falsa oposición entre lo nacional y lo regional. Se propició, sobre todo en la década de los años ochentas, la creación de historias cada vez más particulares desvinculadas de lo nacional, con el fin estimular sentimientos proclives a procesos secesionistas. Es necesario distinguir estos

procesos desintegradores del Estado nacional en el campo de la historia de los que realizaron y todavía realizan grupos de historiadores/as progresistas quienes luchaban entonces contra la homogeneización de la historia que servía a los intereses del Estado nacional burgués. Ya desde los años sesentas, un importante y significativo grupo de historiadores/as había iniciado sus luchas por el rescate de las historias regionales, siempre concebidas en su vinculación con el Estado nacional (Medina Rubio 1983).

La dinámica entre esas dos propuestas políticas generó una fragmentación de la ciudadanía y de las identidades culturales. Tal indeseable fragmentación condicionó la capacidad real de todas las clases sociales para ejercer la soberanía nacional, ya que para la defensa de la soberanía, es necesaria la existencia de una población unificada ideológicamente en torno a los objetivos nacionales. La fragmentación actuó como un freno para que los ciudadanos/as pudieran reconocerse en la historia nacional. Impidió –simultáneamente– que se pudieran generar procesos que estimularan un sentido de pertenencia de toda la población a la misma sociedad política que la nación supone. Sin embargo, a pesar de que la fragmentación de las identidades existió en toda la nación, ella afectó de manera diferencial a cada clase, debido a que los elementos culturales de identificación, así como la educación y socialización diferentes a la que estuvieron sometidas las clases oprimidas –parte del proyecto político disgregador– generó respuestas distintas. Aunque los agentes ejercitaban su vida social de manera interconectada en el mismo contexto sociohistórico –variaron las conductas y las identidades entre ellos como consecuencia de la lucha de clases.

Dado que la construcción de las identidades culturales es un proceso, vale decir, se encuentra en continua formación, transformación y conservación de acuerdo a los contextos históricos específicos donde deviene la vida de los sujetos sociales, debemos subrayar que tanto los miembros de las clases más desfavorecidas como los de las clases neocolonizadas no poseen identidades estáticas;

por el contrario, continúan creando procesos de identificación con referentes culturales novedosos surgidos, ya sea de los nuevos contextos socioculturales urbanos y rurales venezolanos, como también con base a las percepciones que determinados sujetos tengan de la sociedad nacional y de la dinámica social de los centros imperiales de poder; en este último caso dichas percepciones son inducidas mediante los mecanismos educativos: la socialización familiar, escolar, los medios masivos de comunicación, los museos, etc.

Es por ello que el papel de la educación en los actuales momentos debería centrarse en crear y poner en práctica, por encima de las divisiones de clase, los mecanismos que estimulen un reconocimiento por parte de la población hacia el conjunto de referentes simbólicos que han llegado hasta nuestros días como producto del proceso de herencia cultural, lo que autores como De Lucas (2003) denominan “identidades primarias”, pero también de los que continuamente se están creando, procesos de actualización identitaria basados en referentes simbólicos nuevos. Y ello es así porque los sujetos sociales apelan a su identidad sociocultural en contextos concretos, utilización que responde de las necesidades sociales también concretas. Concebida de esa manera, la educación tendería a propiciar un compromiso de toda población con la nación como un hecho global, a estimular la gestación de una ideología que unifique a los/las venezolanos/as, unión que tenderá a la agregación a la misma sociedad política que es la nación, incluso por parte de aquellos individuos no nacidos en el espacio geográfico nacional, pero cuya vida social se realiza en él.

Patrimonio y educación

Los resultados de los proyectos de arqueología de salvamento y de la arqueología académica deberían constituir los insumos para la actualización de los programas educativos, destinados a posibilitar que la sociedad en general tome conciencia sobre los componentes de su herencia cultural, que esos individuos puedan tomar

contacto con los conocimientos sobre los comportamientos de la gente que ocupó ese mismo espacio en distintas épocas de su historia. Este aspecto es vital para Caracas, pues su población se encuentra disgregada en suertes de enclaves aparentemente disociados entre sí: el Oeste, el Este, el Sureste, el Suroeste, el Sur, el Norte. Y decimos aparente ya que es importante entender que en el caso de las ciudades, sus habitantes, miembros de todas las clases, aunque concentrados en las parcelas clasistas que integran a cada ciudad, son en realidad usuarios/as de toda ella.

Aunque esta disgregación obedece en gran medida a la estructura social clasista, así como al sistema de relaciones sociales y a la división social del trabajo existentes en la sociedad total capitalista, también se ve condicionada por aspectos etnosociales de los individuos que tienen su correlato en sus propios orígenes regionales; esos pobladores pueden no identificarse con los espacios históricos de vida ciudadanos donde se insertan, al sentir que no les son propios, que responden a una historia que no visualizan como la de ellos al fallar la conexión que debe existir entre las historias regionales y la historia nacional. Pueden gestarse, asimismo, procesos de identificación negativa hacia algunos espacios de la ciudad que son percibidos como localizaciones del poder que oprime, hacia los sectores populares con respecto a los cuales existen valoraciones racistas, y hacia ciertos bienes culturales contenidos en ellos, manifestada por el manejo de actitudes de rechazo, desvaloración, estereotipos negativos, etc. Esta subjetivización del espacio, representaciones que se manifiestan culturalmente, condiciona conductas que afectan a la vida social en toda la ciudad y a la misma nación.

Un factor importante a considerar en la construcción social de las identidades socioculturales en las zonas urbanas es el que refiere a cómo se incrementan en las ciudades las relaciones multiculturales y multiétnicas, rasgo no solo relevante sino vital para lograr entender la necesidad de una legítima participación de todos los sectores etnosociales de la ciudadanía en la esfera pública. Las

comunidades que se conformaron con indígenas que migraron (y siguen haciéndolo) de sus espacios ancestrales dentro del territorio nacional, las comunidades formadas por grupos provenientes de los distintos estados del país: zulianos, andinos, orientales, llaneros, etc., las que se formaron con grupos que provinieron de otros países latinoamericanos, quienes migraron por diversas razones: ecuatorianos, dominicanos, colombianos, peruanos, etc., en todas ellas se manifiesta una construcción de su identidad cultural que supone una combinación de elementos culturales: los que caracterizaban a su etnicidad en las regiones de origen al momento de su separación de ellas, muchos de los cuales son resemantizados, aunque no desechados, en los nuevos contextos socioculturales venezolanos, con los verdaderamente propios de la vida en la ciudad y del momento histórico en los cuales se han insertado.

Bate señala, en este sentido,

“...por muy heterogénea que sea la proveniencia étnica o nacional de los miembros que integran una nueva clase social y, aún cuando su identidad no se base en los elementos de la etnicidad, sino en torno a los elementos comunes que implica la pertenencia a esa clase, **todas las formas de existencia de su ser social conformarán una cultura material** de la cual se nutrirán la conciencia habitual y reflexiva, **conformando una cultura particular de clase o subcultura nacional.**” (1984: 65, subrayado nuestro)

Para entender la posibilidad real de esos grupos para participar en la esfera pública, es necesario percibir y valorar cómo ha operado su inserción en la estructura social clasista de la sociedad venezolana (su ser social), pero siempre conociendo su singularidad cultural, sobre todo porque la significación afectiva de esa singularidad puede derivar en los grupos sociales actitudes políticas que pueden ser radicalmente opuestas.

Patrimonio y participación popular

Con base a lo anterior, consideramos que un programa educativo para los habitantes de la ciudad de Caracas debe ser planteado antes de realizar cualquier proyecto de rescate arqueológico o de restauración arquitectónica. Dicho programa debería estar orientado, asimismo, a propiciar la participación comunitaria, vale decir, incorporar a la gente que se encuentra en el medio cultural donde se desarrollan dichos proyectos, estén éstos ocupando espacios vecinales, parroquiales o municipales, de barriadas o urbanizaciones. La participación de esas personas no debe ser vista solamente como la que realizan aquellos individuos que ayudan a los arqueólogos/as, historiadores/as, arquitectos/as, etc, en sus labores, sino que debe estar arraigada en la idea, básicamente, de que se trata de personas y grupos que pueden decidir –con base a sus propios conocimientos y saberes– sobre qué se rescata, qué se pone en valor, qué les interesa en realidad a las comunidades. Es necesario educar asimismo a los llamados especialistas, quienes –en su mayoría– creen que poseen el “conocimiento verdadero”. Con la participación comunitaria, se podrían generar y estimular dentro de los habitantes de la ciudad, motivaciones al logro mediante la gestación de procesos de identificación con su historia, al mismo tiempo que esos individuos serían los garantes del rescate o salvamento que se realice.

Ya hemos planteado cómo la educación dejada a manos de los medios de comunicación ha logrado crear en importantes sectores de la población sentimientos de adhesión con los valores foráneos, estimulando comportamientos individualistas y antinacionales. Si bien las identidades primarias (basadas en un reconocimiento y preservación de los bienes culturales productos de la herencia histórica) no han sido totalmente borradas en gran parte de la población, es necesario que la educación –como sistema educativo del Estado– esté orientada a estimular dichas identidades primarias, mediante la preservación y conservación de los referentes simbólicos usados en su construcción y, al mismo tiempo, a incitar, alentar formas de

identificación basadas en nuevos valores que intervengan en la solución de los problemas actuales de justicia social, justa repartición de la riqueza, solidaridad y poder popular.

Por todo lo anterior, afirmamos que la investigación sobre el patrimonio cultural debería permitir establecer un conocimiento de las bases de la herencia histórica de la nación, al mismo tiempo que a definir los cambios del contenido cultural que la dinámica histórica de esa nación ofrece para los procesos de identificación. Ello implica identificar ese patrimonio, preservarlo y difundirlo en lo que atiende a su pertinencia para comprender las distintas épocas y períodos, así como los diferentes factores culturales que han intervenido en la historia nacional. Esta tarea de identificar, conservar y proteger los bienes patrimoniales nacionales ha sido infortunadamente pospuesta y, como ya hemos señalado, los proyectos realizados se han caracterizado hasta ahora por su carácter puntual, coyuntural e improvisado.

La conservación del patrimonio de la nación debe incluir proyectos para realizar inventarios de los sitios arqueológicos, de los monumentos y de todos aquellos espacios y edificaciones que posean una significación especial para la población, así como de todos aquellos bienes que refuercen el sentido de pertenencia. El reconocimiento de sitios, bienes y espacios patrimoniales debe realizarse en el marco de relaciones democráticas y plurales, que supongan un diálogo de saberes y un compromiso entre los especialistas y los miembros de las comunidades. No debemos olvidar que los bienes culturales del pasado, patrimonio histórico cultural del presente son siempre el resultado de selecciones previas, hechas por las generaciones anteriores en función de los intereses que animaban a la gente de entonces (Vargas 1999). Debe, asimismo, tratar con esos elementos patrimoniales de manera sistemática de manera de lograr una plataforma de planificación, a nivel nacional, que sirva para establecer prioridades de preservación. Ello evitaría repeticiones triviales y permitiría que los proyectos de rescate ar-

queológico o arquitectónico estén orientados hacia ciertos tipos de conocimientos y problemas: períodos históricos poco conocidos, áreas geográficas desconocidas, papel de ciertos factores culturales en la historia nacional hasta ahora dejados de lado, formas de protagonismo social precedentes, elementos simbólicos subvalorados, etc. Todo ello tendería a minimizar la necesidad de realizar proyectos de salvamento arqueológico signados por la premura y la improvisación y sin ninguna eficacia para solventar problemas en la población actual. En el caso de Caracas, donde ya se han realizado varios trabajos de restauración de monumentos, incluidas investigaciones arqueológicas, existe un cuerpo significativo de conocimiento acumulado que no ha salido a luz pública, excepción hecha del manejo de cierta bibliografía por parte de un número restringido de miembros de la comunidad científica.

Para el logro de esos objetivos, los proyectos de arqueología de rescate deberían elaborar la estrategia necesaria para que no se queden solamente en un abordaje de los aspectos técnicos que determinan el cómo rescatar sitios que se encuentran en situaciones de impacto, sino para producir un modelo de trabajo que incluya y se ajuste a los principios educativos enunciados antes. No hacerlo, aunque constituya un alarde técnico, aunque “rescate” colecciones, deja sin resolver el problema real de una verdadera conservación del patrimonio cultural.

Los objetos que se recuperan en un programa de rescate –sea arqueológico, arquitectónico, urbanístico, histórico y antropológico– deben, asimismo, ser proyectados hacia las comunidades y el público en general. Conservar físicamente artefactos, y los informes técnicos que los acompañan, documentos históricos, edificaciones, tradiciones musicales, culinarias, etc. no es garantía de que se logren los objetivos de reconstrucción histórica, ni los de participación comunitaria, ni mucho menos se consiga educar a la población para que tenga una clara conciencia de sus deberes y derechos como miembros de la sociedad nacional. Para que los in-

dividuos perciban a los materiales obtenidos en rescates arqueológicos como constitutivos de su herencia histórica, es necesario inferir la información que esos materiales poseen sobre procesos históricos concretos y, luego, mediante distintos recursos educativos hacer que las personas los reconozcan como medios imprescindibles para la reconstrucción de su historia, de manera que puedan entender el carácter causal que dicha historia precedente tiene sobre sus actuales condiciones de existencia. En este sentido, es necesario y fundamental mostrarles a los individuos la conexión que existe entre los materiales rescatados como instrumentos para poder reconstruir el proceso histórico ya que esos objetos que son sus referentes materiales. Al hacer posible la comprensión de la vinculación entre pasado y presente, los individuos serán más proclives a entender que las condiciones sociales que rigen sus vidas en la actualidad no son naturales ni eternas.

Los proyectos de conservación del patrimonio deben contemplar –reiteramos– la participación comunitaria en dos aspectos fundamentales: por una parte, es necesario que incluyan lo que la propia gente considera bienes patrimoniales, los niveles de significación que determinados bienes tienen para ella y los grados de identificación que esa gente ha establecido con esos bienes que propician un especial sentido de pertenencia. Por otra parte, esos proyectos de conservación deben incluir las formas y los mecanismos para que la comunidad participe en la gestión de ese patrimonio. En tal sentido, es sumamente pertinente que todo proyecto elaborado por funcionarios/as y/o por especialistas pase a los Consejos comunales y los Consejos Locales de Planificación, instrumentos legales que ofrece nuestra Constitución para que exista una participación y un protagonismo reales de la ciudadanía. Lo deseable sería, en realidad, que los tales proyectos emanasen directamente de un diálogo entre los especialistas y las comunidades. Ello garantizaría la participación popular colectiva en la dirección y control de su patrimonio, y en la aplicación del presupuesto gubernamental destinado a

rescatarlo y gestionarlo, así como la de los especialistas quienes dominan un tipo de saber y un conocimiento técnico que son indispensables para reconocer, restaurar y conservar los bienes patrimoniales. La participación comunitaria debe ser también democrática, de manera que en el diálogo entre especialistas y comunidad, los integrantes de esta última sean representantes designados por el grupo comunitario que se trate. Las propuestas de rescate y conservación patrimonial llevadas a los espacios de diálogo, deben ser el resultado de debates y consultas entre los miembros de la misma comunidad. Como se infiere de lo anterior, a pesar de los requerimientos que muchos/as especialistas manifiestan, en muchos casos debidos al temor a perder su hegemonía, no se trata de disminuir la calidad de los trabajos con la inclusión de la ciudadanía, sino garantizar una verdadera conservación del patrimonio. Participar, como señala Verstrynge (2000), es compartir; en este caso, compartir conocimientos, habilidades y responsabilidades en la conservación patrimonial.

Es importante señalar que la participación colectiva anteriormente planteada permitiría que las comunidades se sintieran comprometidas con su ciudad como un todo, dejando de lado la apatía e indiferencia que muestran en la actualidad hacia el patrimonio cultural en ella existente o su implicación en la vandalización de edificaciones y espacios públicos. Asimismo, haría posible y facilitaría la participación, en la esfera pública, de todos los sectores etnosociales de la ciudadanía presentes en las distintas comunidades que constituyen una ciudad.

Es necesario que las colecciones de objetos, los informes técnicos que las acompañan, las informaciones documentales recopiladas y demás dejen de estar archivados en oficinas o en oscuros depósitos, perdidos para siempre para el público en general, excepto aquellos datos e informaciones que aparecen eventualmente en publicaciones científicas. Un verdadero sentido de pertenencia se logra cuando no existe divorcio entre la comunidad, sus intereses en relación a sus problemas actuales y el reconocimiento por parte

de tal comunidad acerca de cómo interviene **su** historia en la explicación de la causalidad de tales problemas. En consecuencia, debe existir no sólo una toma de consciencia sobre las conexiones existentes entre las decisiones comunitarias y la solución de sus problemas actuales, sino **una capacidad real** de las comunidades para intervenir en la toma de decisiones sobre el uso y manejo de los bienes patrimoniales.

La diseminación de los resultados de las investigaciones arqueológicas, sean o no de rescate, es un aspecto crítico para lograr una mejora en la calidad de vida mediante una verdadera conservación del patrimonio cultural, no por él en sí mismo, sino fundamentalmente por el papel que pueda tener en función de los intereses colectivos actuales. Tales resultados se pueden llevar al público no sólo bajo la forma de los informes técnicos, artículos y monografías científicas convencionales, sino también de manera visualmente accesible a las comunidades: se pueden realizar pequeñas o grandes exhibiciones, simples o complejas exhibiciones, exhibiciones fijas o móviles, libros y folletos de divulgación para distintos públicos: infantil, adulto, campesino, ciudadano, etc., guiones para programas en radios comunitarias, guiones y videos para televisoras comunitarias, manuales de primeros auxilios para sitios y materiales en peligro, guiones para la elaboración de visitas guiadas, etc. Tales resultados pueden servir de base para la formación de cooperativas que intervengan directamente en la gestión del patrimonio. Esto último requiere de una acción concertada de los diversos organismos del Estado, especialmente de las Misiones Sociales que ha puesto en práctica gobierno bolivariano, toda vez que la filosofía que las anima está basada en elementos de larga tradición histórica en el país, como son el cooperativismo, la solidaridad, la reciprocidad y la justicia social.

En la actual coyuntura política, el rescate y conservación de los restos patrimoniales que aún pudiesen existir en el Teatro Ayacucho es vital para la promoción de nuestra ideología naciona-

lista. Asimismo es fundamental que los caraqueños/as y los/as visitantes de la ciudad, usuarios/as del casco histórico, conozcan que se trata del lugar donde nació el precursor de nuestra independencia, Francisco de Miranda, teatro que constituye, además, un espacio central para entender el modo de vida de nuestros antepasados recientes. Los usuarios/as del casco histórico de Caracas deben comprender, asimismo, que los objetos recuperados mediante las excavaciones realizadas en distintos lugares de ese casco, que ellos/as consideran curiosidades con valor comercial, son en realidad vestigios de la acción de individuos y grupos humanos que intervinieron para que hoy día seamos una nación independiente y soberana. Al mismo tiempo, con la necesaria divulgación, esos usuarios/as podrían entender que la arqueología de rescate y los proyectos de restauración arquitectónica de monumentos, salvaguardan elementos importantes de la identidad nacional, los cuales, de otra manera, quedarían irremisiblemente perdidos para nuestra memoria histórica..

Consideramos, por las razones anteriores, que la arqueología de rescate, sobre todo en áreas urbanas, no debe ser solamente un programa técnico o académico. El material con el cual se trabaja es original; está vinculado con la herencia histórica y sirve, al mismo tiempo, para propiciar procesos de identificación cultural de las comunidades afectadas, directa e indirectamente, por las obras civiles o públicas. Los bienes arqueológicos, ecológicos y culturales en general son un acervo muy importante cuya preservación debe incidir en la formación de la conciencia histórica y política de los ciudadanos, en la gestión integral y sustentable, del capital social de Venezuela..

Referencias bibliográficas

- Bate, Luis F. 1984. *Cultura, Clases y Cuestión Étnico–Nacional*. Juan Pablos Editor. México.
- Bencomo, César. 1993. Las Clases Sociales en la Colonia. Trabajo Final de Grado. Biblioteca de la Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- Britto García, Luis. 2006. “¿Estado libre asociado del Zulia?”. *QUESTION*. Año 4, No. 45–46: 7.
- De Lucas, Javier. 2003. *Globalización e Identidades*. Icaria Editorial S.A. Barcelona.
- González, L. 2002. *Urbanismo y Patrimonio*. Premio Nacional de Investigación en Vivienda 2001. Consejo Nacional de la Vivienda, Caracas.
- Gramsci, Antonio. 1975. *Cuadernos de la Cárcel. Los intelectuales y la organización de la cultura*. No. 2. Juan Pablos Editor. México.
- Medina Rubio, Arístides. 1983. “Teoría, fuentes y métodos en Historia Regional”. *Cuadernos de Historia*. No. 2; 5–30. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, U.C.V.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 1994. “Tendencias del Proceso Urbano en las Provincias de Caracas y Guayana, siglos XVI–XIX: el modo de vida colonial venezolano”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Tomo LXXVII, No 305: 208–225.
- Sanoja, M. e I. Vargas. 1996. “Trends of the urban process in the Provinces of Caracas and Guayana, Venezuela. XVI–XIX centuries”. *The urban process in Eastern Africa, from a global perspective*. University of Uppsala. Unwynn and Hayman, One World Archaeology, Londres.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 2002. *El Agua y el Poder*. Ediciones del Banco Central de Venezuela, Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 2006. *Las Edades de Guayana. Arqueología de una Quimera*. Monte Ávila Editores y Taraxacum. Caracas.
- Sanoja, Mario, Iraida Vargas, Gabriela Alvarado y Milene Montilla. 1998. *Arqueología de Caracas, Escuela de Música José Angel Lamas*. Tomo I. Serie Estudios, Monografías y Ensayos.

- Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. No. 177. Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 2004. La cultura en tiempos de revolución. *Question*. Año 3, No. 29: 4.
- Vargas Arenas, Iraida. 1996, “The Project of urban archaeology of the city of Caracas. *Actas de la II Reunión del ICAHM*. Montreal.
- Vargas Arenas, Iraida. 1997, “Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas”. *Actas de la I Reunión de Arqueología del Caribe*. Museo de Arqueología Regional de Altos de Chavón, Rep. Dominicana y OEA. Santo Domingo.
- Vargas Arenas, Iraida. 1999. *La Historia como Futuro*. Fondo Editorial Tropykos, FACES, UCV, Centro de Historia del Estado Carabobo. Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida. 2002. “Los bienes culturales y la intangibilidad de lo corpóreo”. *Boletín Antropológico*. No. 56: 789–814. Universidad de los Andes.
- Vargas Arenas, Iraida y Mario Sanoja. 1990. Education and political manipulation of history in Venezuela”. *The Excluded Past*. Peter Stone y Robert Mackenzie Eds.: 50–60. Unwin Hyman, Londres.
- Vargas Arenas, Iraida y Mario Sanoja. 1993. *Historia, Identidad y Poder*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida, Mario Sanoja y Milene Montilla. 1994, “Excavaciones Arqueológicas en el Teatro Ayacucho”. Informe Técnico para Fundapatrimonio.
- Vargas Arenas, Iraida, Mario Sanoja, Gabriela Alvarado y Milene Montilla. 1998. *Arqueología de Caracas, San Pablo. Teatro Municipal*. Tomo II. Serie Estudios, Monografías y Ensayos. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. No. 178. Caracas.
- Verstrynge, Jorge. 2000. *Sobre el poder del pueblo*. El Viejo Topo, España.
- Vivas, Virginia. 1998. “La producción del espacio social en la cuadra de San Jacinto. Transición entre el modo de vida colonial y el modo de vida nacional.” Trabajo Final de Grado. Biblioteca de la Escuela de Antropología, UCV, Caracas.